

LA TRAGEDIA DE LIMA



EN los últimos años ha habido ejemplos sobrados de alienación colectiva provocada por el fútbol. En nuestro país mismo se han dado casos que revelaban el proceso de aturdimiento racional debido a la exaltación de un deporte a su grado máximo. Pero sin entrar en más consideraciones sobre el particular, que puede ser tema sugestivo para un estudio sociológico, limiémonos a señalar esas circunstancias enajenantes para tratar de explicarnos la tragedia de Lima. Noticias como ésta nos afectan especialmente en la medida que no tienen explicación «posible»: son hechos que se producen de una forma incontrolable e irremediable; son acontecimientos que no tienen sentido, razón de ser, ni justificación. Y, sin embargo, son, se producen y tienen consecuencias de incalculable gravedad.

Registrar la muerte de quinientas personas y la existencia de más de quinientos heridos y desaparecidos, es tarea dolorosa. Lo es en cualquier caso. Pero más aún en éste, por la absoluta gratuidad del suceso. ¿Cómo explicar la ira de un público contra un árbitro canalizada en esa violenta reacción en la cancha, cómo justificar las bom-

Estas fotografías tienen el inmenso y doloroso valor del documento vivo, registrado en el mismo instante en que se ha producido una de las tragedias más pavorosamente que concluyó de forma trágica. Las últimas noticias que nos llegan hablan ya de quinientos muertos. Se empieza a especular sobre la intervención de la policía: se dice





gratuitas que hayan tenido lugar en nuestro siglo. Los sucesos del partido de fútbol Perú-Argentina desencadenaron un movimiento popular de indignación hacia el árbitro que algunos agentes dispararon contra la multitud. El oficial que ordenó detener al gentío con gases lacrimógenos se ha suicidado. Se han decretado siete días de luto nacional...



bas de gas y los perros amaestrados lanzados por la policía contra esa multitud, cómo soportar la idea de las puertas cerradas del estadio impidiendo la salida de cuarenta y cinco mil personas gaseadas y acosadas por los dóciles perros, cómo tolerar el espectáculo de los cuerpos, macerados, aplastados, pisoteados, brutalmente golpeados ante esas puertas y, por último, cómo no conmoverse e indignarse ante la lectura de unas cifras donde escueta y fríamente se encierra la tragedia de quinientas familias...?

No valen los comentarios, sin embargo, ni las lamentaciones. Cabe simplemente, el examen sereno y riguroso de estos hechos. Y la aplicación de medidas muy concretas para impedir que el hombre se vea obligado a dimitir de su capacidad de razonar.

(Fotos CIFRA)